

Coxitis y Quixote

Capítulo I: Que trata de la estraña y luenga estoria etimológica de un vocablo de notomía que se fizo literario, con otros admirables sucesos dignos de felice recordación, que los sabrá quien aqueste artículo leyere, si lo lee con atención

Fernando A. Navarro*

Resumen: Partiendo de la raíz indoeuropea *koks-*, el autor emprende un largo y enrevesado viaje lúdico-etimológico a través de la familia léxica del latín *coxa* (cadera) y sus múltiples descendientes médicos y extramédicos en la lengua española y en otros idiomas europeos, hasta llegar al quixote de la armadura medieval. Tras la publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en 1605, el viaje etimológico prosigue ahora por la rama cervantina con la aparición de nuevos derivados (*quijotesco*, *quijotismo*, *quijotizar*, etc.), que se documentan con el apoyo de textos clásicos de la literatura española.

Coxitis and Quixote

Abstract: Starting with the Indo-European root *koks-*, the author playfully undertakes a long and winding etymological journey across the lexical family of the Latin word *coxa* (hip) and its multiple medical and non-medical descendants in Spanish and other European languages, all the way to the medieval *quixote* or *cuisse* (thigh armor). After the publication of *Don Quixote* in 1605, the etymological voyage continues, this time along Cervantine lines with the appearance of new derivatives (*quixotic*, *quixotism*, *to quixotize*, etc.), which are documented with excerpts from Spanish literary classics.

Palabras clave: etimología, indoeuropeo, latín, *coxa*, don Quijote, Miguel de Cervantes. **Key words:** etymology, Indo-European, Latin, *coxa*, Don Quixote, Miguel de Cervantes.

Panace@ 2005; 6 (21-22): 313-317

A la memoria de mi padre, quijotista.

Sostienen los paleolingüistas, y no seré yo quien lo ponga en duda, que todos los idiomas europeos —salvo el húngaro, las lenguas finesas, el samoyedo, el vasco y las lenguas caucásicas— pertenecen a una misma familia lingüística: la indoeuropea, que abarca también el armenio, el curdo, el iraní, el sánscrito, el hindi y gran parte de las lenguas habladas en la India septentrional. A partir del análisis de las semejanzas observadas entre idiomas geográficamente tan distantes, los estudiosos han llegado a pergeñar un hipotético idioma proto-indoeuropeo que debió de hablarse en la Eurasia del año 3000 antes de Cristo, siglo arriba o abajo.

Entre las raíces propuestas para ese idioma primitivo se halla *koks* o *koksā*, que supuestamente transmitía el concepto de ‘articulación’, ‘hueso’ o ‘parte del cuerpo’ y está representada en las principales ramas del gran árbol lingüístico indoeuropeo. En la rama indoiraniana, por ejemplo, en voces como *kaksah*, que significa ‘axila’ en sánscrito, y *kaša*, que significa ‘hombro’ en avéstico; en la rama céltica, por el irlandés antiguo *coss*, que significa ‘pie’, y en la rama germánica, por el antiguo alemán *hahsa*, que se aplicaba al hueso poplíteo.^a

De especial importancia para quienes hablamos lenguas romances es, lógicamente, la descendencia itálica o latina de esta raíz indoeuropea *koks* o *koksā*. Es el caso de *coxa*, que en latín clásico designaba la cadera y hoy sigue siendo de

amplio uso en medicina, sobre todo en el ámbito de la anatomía del aparato locomotor, de la traumatología y de la reumatología. En la moderna nomenclatura anatómica, por ejemplo, *os coxale* es aún el nombre internacional del **hueso coxal** o ilíaco, y *articulatio coxae*, el de la articulación de la cadera o **articulación coxofemoral**. Asimismo directamente en latín usamos aún términos como *coxa vara* (también llamada *coxa adducta* o *coxa flexa*) y *coxa valga* para referirnos a las desviaciones del cuello femoral; y, ya arcaico, el nombre de *coxa plana* con que se conoció antaño la osteocondritis deformante juvenil o enfermedad de Legg-Calvé-Perthes. En realidad, la lista de tecnicismos médicos procedentes del latín *coxa* es mucho más extensa: **coxitis** (inflamación del hueso coxal),^b **coxalgia** o **coxodinia** (dolor de cadera), **sacrocoxalgia** (dolor de la articulación sacroilíaca), **coxotomía** (apertura quirúrgica de la articulación coxofemoral), así como multitud de términos compuestos que expresan relación con la cadera, como **coxagra**, para la artritis gotosa de la cadera (sobre el modelo de «podagra»); **coxotuberculosis**, para la afección tuberculosa de la cadera, o **coxartrosis**, para la artrosis de la cadera.

Coxa, acabamos de verlo, designaba la cadera en latín clásico, pero en el latín vulgar experimentó un desplazamiento semántico y pasó a sustituir a la forma clásica *femur*, *femoris*, con el significado de ‘muslo’. Esta metasemia de proximidad se apreciaba aún en el castellano antiguo; en la *Cirurgia* de Guido de Cauliaco, de 1596, por ejemplo, podemos leer:

* Traductor médico. Cabrerizos (Salamanca, España). Dirección para correspondencia: fernando.a.navarro@telefonica.net.

[...] una parte del grand pie o pierna se dize coxa o muslo, la otra se llama pierna pequeña, la [tercera], el pie pequeño.

Este uso no está ya vigente en el español actual, pero sí se conserva en las demás lenguas romances, donde el parentesco con *coxa* resulta evidente en el nombre que dan al muslo todavía hoy en italiano (*coscia*), en catalán (*cuixa*), en portugués (*coxa*) y en rumano (*coapsă*).^c Y más aún en el francés moderno, donde el latín vulgar *coxa* persiste no sólo en anatomía, con la forma *cuisse* (muslo), sino también en gastronomía, con vocablos como *cuisse de grenouille* (ancas de rana^d), *cuisseau* (pierna de ternera) y *cuissot* (pernil [de caza mayor]).

Me toca ahora exponer la nutrida descendencia extranómica del latín *coxa*, y al hacerlo dejaré de lado los vocablos extintos, como el latín *coxim* (en cuclillas), para centrarme en los que han llegado hasta nosotros. En un intento de mitigar la dureza de los asientos, por ejemplo, fue costumbre desde antiguo colocar bajo la cadera un objeto blando, que en latín vulgar llamaron *coxinum* o *coxinus* y está en el origen de nuestro **cojín**, pero también del francés *coussin*, del italiano *cuscino* y del catalán *coixí*, con el sentido de ‘almohadón’.^e Y del francés *coussinet* (‘almohadilla’, como diminutivo de *coussin*) hemos tomado **cojinete**, de uso restringido al ámbito técnico para designar, ya no el blando almohadón amortiguador de la cadera, sino el dispositivo mecánico amortiguador de rodamientos.

Abro un pequeño inciso para explicar brevemente que esta *j* anómala de «cojín» y «cojinete» —que observaremos a partir de ahora también en todos los demás descendientes modernos de *coxa*— obedece a la transformación fonética del español medieval, que culminó en el siglo XVI, y a la muy posterior reforma ortográfica española de 1815, que fijó definitivamente el uso de las letras *x* y *j* en la lengua escrita. Y, sin más, cierro el inciso.

En latín clásico, fino y elegante, la cojera se llamaba *claudicatio*, como bien sabemos los médicos, que usamos aún con total naturalidad la expresión «claudicación intermitente» para referirnos a la cojera dolorosa intermitente característica de la tromboangitis obliterante, que aparece al caminar y desaparece con el reposo.^f Pero en latín vulgar llamaron *coxus* al hombre que cojeaba, por el llamativo movimiento de cadera típico de muchas cojeras, y tal es el origen —a través de formas arcaicas como *coxo*, *coxear* y *coxquear*— de nuestra familia léxica de **cojo**, **cojear**, **cojera**, **cojitranco**, **cojuelo**, **coxcojita** y **paticujo**. O, en catalán, *coix* (cojo), *coixejar* (cojear) y *coixesa* o *coixària* (cojera).

En el nombre de dos prendas antiguas es asimismo evidente el parentesco con el muslo y la cadera: me refiero a la **cuxa** (o, en grafía moderna, **cuja**), que era la bolsa de cuero donde se apoyaba la lanza durante la marcha, y al **quixote** (o, en grafía moderna, **quijote**), que era la muslera de la armadura o pieza del arnés destinada a cubrir y proteger el muslo.

Desde el punto de vista etimológico, esta voz, «quixote», procede del francés *cuissot* (muslera), posiblemente a través del catalán *cuixot* y con interferencia más que probable del castellano «quijada» (mandíbula). Según consulta al *Corpus diacrónico del español* (CORDE),^g el primer registro literario

conocido de la voz «quixote» data de la estancia carcelaria de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, allá por la primera mitad del siglo XIV, cuando en su *Libro de buen amor* escribe unos versos contra los pecados capitales y dice, en relación con la lujuria:

Ligeramente podremos la Loxuria refrenar:
con Castidad e con Çiencia podremos nos escusar:
Spíritu de Fortaleza que nos quiera ayudar:
con estas brafuneras la podremos bien matar;
quixotes e cañilleras de santo sacramento,
que Dios fizo en Paraíso, Matrimonio e Casamiento;
cassar los pobres menguados, dar a beber al sediento:
ansí contra Luxuria avremos vençimiento.

El quijote se usó mucho como pieza de la armadura medieval en los siglos XIV y XV, pero era ya prenda anticuada en época de Cervantes; tanto como podría serlo hoy para mí, por ejemplo, un polisón o un redingote de la época de las guerras carlistas. Y ese su carácter arcaico, precisamente, hacía de él un vocablo pintiparado como nombre de guerra para Alonso Quijano, según narra Cervantes en el primer capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.^h

Quieren dezir que tenia el sobrenombre de Quixada, o Quesada, que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender que se llamava Quexana.

[...] Puesto nombre, y tan a su gusto a su cavallo, quiso ponerse a si mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar don Quixote; de donde (como queda dixo) tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se devia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir.ⁱ

El anacrónico «quijote» se prestaba de forma admirable, digo, como nombre del paranoico caballero de la Mancha por cuanto los juegos arcaizantes de palabras son uno de los rasgos más destacados de la monomanía literaria de don Quijote, y también de la estructura literaria del *Quijote*. Hoy, cuatrocientos años después de escrita la obra —y arcaica, por lo tanto, toda ella—, estas chanzas arcaizantes pasan inadvertidas al común de los lectores modernos. Pero los lectores del siglo XVII percibían con toda claridad la intención paródica y burlesca de Cervantes al poner en labios de don Quijote un remedo del lenguaje cómicamente arcaico propio de los libros de caballerías. En toda la novela son constantes los arcaísmos —anticuados no hoy, repito, sino ya en 1605— del tipo de «aquesta» por «esta», «janyanes» por «gigantes», «non fuyades» por «no huyáis», «ínsula» por «isla», «cautivo caballero» por «desdichado caballero», «habedes fecho» por «habéis hecho», «lueñes» por «lejanos», «fermosura» por «hermosura», «agora» por «ahora», «maguer» por «aunque» o «malferido» por «malherido».

Además de la ironía anacrónica y arcaizante, es muy probable que, en la elección del nombre «don Quijote» para su hidalgo protagonista, Cervantes tuviera asimismo en cuenta la comicidad del sufijo *-ote*, que en español tiene un acusado matiz ridículo.

Buena prueba de ello son los versos que don Quijote escribe durante su estancia de penitencia y desatino en Sierra Morena (capítulo XXVI de la primera parte), en los que su nombre rima con voces como «azote», «cogote», «estricote» o «pipote» (a las que podríamos añadir muchas otras de no menor comicidad, como «capirote», «cipote», «despelote», «hotentote», «mazacote», «monigote», «palote», «pasmarote», «pegote», «pingorote» o «zote»):

Escuchad mis quejas santas
mi dolor no os alborote
aunque mas terrible sea
pues por pagaros escote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulzinea
[...]
traele amor al estricote
que es de muy mala ralea
y assi hasta henchir un pipote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulzinea
[...]
hirióle amor con su açote
no con su blanda correa
y en tocandole el cogote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulzinea.

En 1605 no podía imaginar Cervantes que el éxito inmediato del *Quijote* —sólo en vida de su autor llegaron a publicarse ya dieciséis ediciones— iba a permitir al latín *coxa* multiplicar su descendencia hasta límites insospechados. Con el buen éxito internacional de la primera gran novela de la literatura universal, antes de terminar el siglo XVII cabalgan ya por el mundo *Quichotte* en francés, *Quixote* en inglés y portugués, *Chisciotte* en italiano y *Kichote* en alemán. Más tarde, *Kichotas* (lituano), *Kichote* (polaco), *Kihot* (esloveno), *Kikóti* (islandés), *Kishoti* (albanés), *Quichot* (holandés), *Quixot* (catalán), *Κιχώτης* (griego), *Kuxot* (ruso y búlgaro) y tantas otras variantes más han hecho de don Quijote, junto con don Juan, la figura literaria española de mayor proyección mundial.

Y no sólo fuera de nuestras fronteras. Porque la novela cervantina ha hecho del quijote, que parecía abocado a la extinción, uno de los vocablos más vivos de nuestra lengua. No me refiero sólo a los más de dos millones y medio de páginas internéticas con «Quijote» (búsqueda efectuada en Google, <www.google.es>, el día 1 de octubre del 2005), sino, sobre todo, a su feracidad derivativa en español.

Durante los cuatro últimos siglos, el nombre de guerra escogido por Cervantes para su Caballero de la Triste Figura no ha dejado de generar derivados que se han ido incorporando a la lengua española. He recurrido al CORDE para rastrear la irrupción de diez de ellos en nuestra literatura.

El más antiguo de todos, **quijotada**, lo acuñó el propio Cervantes en 1615, cuando, en el capítulo IV de la segunda parte del *Quijote*, escribe, en clara referencia metatextual:

[...] algunos dicen: «Nunca segundas partes fueron buenas», y otros: «De las cosas de don Quijote bastan las escritas», se duda que no ha de aver segunda parte, aunque algunos que son mas joviales que saturninos dicen: «Vengan mas quixotadas, embista don Quixote, y hable Sancho Pança, y sea lo que fuere; que con esso nos contentamos».

También en 1615, y también en la segunda parte del *Quijote*, encontramos el segundo. Casi al final de la novela, tras caer derrotado en una playa de Barcelona ante el Caballero de la Blanca Luna, don Quijote regresa melancólico y apesadumbrado a su tierra. Y planea entonces, en una nueva manifestación de su paranoia literaria, entregarse con Sancho a la vida pastoril. Para lo cual idea trocar el «don Quijote» de caballero por un nombre más propio de pastor (no de pastor real de carne y hueso, por supuesto, sino de pastor de novela pastoril): **Quijótiz** (o tal vez **Quijotiz**, pues Cervantes no usaba las tildes como hoy y no podremos saber jamás con certeza cuál fue la acentuación que él le dio):

Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas, que al pastoral exercicio son necessarias, y llamandome yo el pastor Quixotiz, y tu el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aquí, endechando allí, beviendo de los liquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos rios.¹

Sólo tres años después, el poeta riojano Esteban Manuel de Villegas, en sus precoces *Eróticas o amatorias* (1618), tilda de **quijotista** a Cervantes en estos versos:

Irás del Helicón a la conquista
mejor que el mal poeta de Cervantes,
donde no le valdrá ser quijotista.

Ya en el siglo XVIII, encuentro el primer uso del adjetivo **quijotesco** —hoy plenamente vigente, con más de 90 000 páginas en Internet— en el prohibido *Arte de putear* (1777), de Nicolás Fernández de Moratín:

No sé por cierto cómo hay quien no deje
de galantear al modo quijotesco.

Y como de tal palo, tal astilla, si don Nicolás acuñó «quijotesco», su hijo Leandro Fernández de Moratín, traductor profesional, escritor, poeta y dramaturgo, fue el primero en utilizar **quijotismo** cuando, en una carta de 1792 recogida en su *Epistolario*, comenta en los siguientes términos el teatro español de su época:

En otras piezas el personaje principal es un contravandista o un facineroso y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio; en una palabra, quanto puede inspirar relaxación de costumbres, ideas falsas de

honor, quixotismo, osadía, desmoltura, inobediencia a los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reúne en tales obras y éstas se representan en los theatros de Madrid y el gobierno lo sufre con indiferencia.

Más recientes son los verbos **quijotear** y **quijotizar**, así como los adjetivos **quijotil**, **antiquijotesco** y **quijótico**, todos ellos en muy cervantescos textos de los siglos XIX y XX. El primero de los vocablos mencionados, por ejemplo, lo encuentro en una novela del mejicano José Joaquín Fernández de Lizardi, hijo de médico y primer novelista de América, que lleva por título *La Quijotita y su prima* (1818):

Don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear. Sí, en efecto; basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene.

En cuanto a «quijotizar», Miguel de Unamuno conjuga en varias ocasiones este verbo en su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905):

Día llegará en que fundidos en uno, o mejor, quijotizado Sancho antes que sanchizado don Quijote, no tenga aquél miedo y distingua de sonos lo mismo de noche que de día y se atreva con batanes y con jayanes.

El polígrafo y político Salvador de Madariaga establece una distinción clara entre «quijotesco» y «quijótico» en su *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (1940), como puede apreciarse en el siguiente pasaje:

Colón, como don Quijote, se siente llamado a llevar a cabo una empresa, a cumplir una misión. ¿Cuál? Poco importa. Cuando Colón hubo descubierto América, creyó que su misión consistía en liberar a Jerusalén, y en una carta a los Reyes Católicos transfiere a su segunda empresa toda la argumentación que ya había hecho valer en pro de la primera. Don Quijote se halla dispuesto a proteger a cualquiera que esté necesitado de protección, y sale al campo compelido por un sentido del deber y por su fe en su propia misión. Esta vocación de hombre elegido para altas empresas es, por lo tanto, el primer rasgo quijótico (que no quijotesco) de Colón.

Por último, *Don Quijote en presente* (1945), de Pedro Salinas, como cabe esperar de un texto de tema quijotil escrito por un cervantista profesional, rebosa de quijotismos léxicos; entre ellos, «quijotil» y «antiquijotesco», nunca hasta entonces utilizados, al menos en los textos que integran el CORDE. Copio a modo ilustrativo una frase de este libro de Salinas que contiene ambos adjetivos:

La vida moderna, antiquijotesca esencialmente, está sin embargo impregnada de una especie de quijotismo materialista e ingeniero, que se esfuerza en imponer

sobre la realidad natural la idea y la voluntad del hombre, y viene a parar así en actividad puramente quijotil.

Y la base de datos que he utilizado no agota, por supuesto, toda la prole quijotesca del español. Ni en el *Corpus diacrónico del español* ni en el *Corpus de referencia del español actual*, pese a contener entre ambos más de 400 millones de registros, encuentro mención alguna, por ejemplo, a un cuarto adjetivo tristefigúrico, **quijotero**, que en Internet y en la lengua hablada y escrita disfruta de una presencia notable (más del doble de apariciones que «quijotil» y «quijótico» juntos). Por no hablar de otros muchos vocablos que hemos formado ya, formaremos o podríamos formar en español a partir del nombre de don Quijote: ¿No vivimos este año 2005 una auténtica **quijotitis** colectiva que nos tiene a todos ya medio **gijotizados**? Entre tanto **quijotexto** publicado, ¿cuántos **quijotrastos** mamotéticos, soporíferos e inservibles?, ¿cuántos **quijotazos** de ventas millonarias?, ¿cuántas **quijoyitas** valiosas que pasarán inadvertidas? O un **acertijote** para este cuatricentenario: el **quijotólogo** que, so capa de la gran novela cervantina, haya **quijodido** y bien quijodido a un colega, ¿no merecerá de éste el calificativo de **quijoputa**?

Y así hasta el **DQ** siglado o el **qjt** de msj de telefonillo, que son ya la mínima expresión, los benjamines canijos y esmirriados de la familia numerosa quijotil. «N 1 lgar dl Manxa, d cyo nombr no kero akrdarm no a mxo tmpo q vvía...».

Quién hubiera contado todo esto a Cervantes cuando, en 1605, vino a rescatar *in extremis* a un quijote que, caídos en desuso arneses y armaduras, se veía ya jubilado de la lengua viva y enclaustrado a perpetuidad en diccionarios históricos, conocido tan sólo de grises eruditos y ratones de biblioteca.

Notas

^a Como no hablo ninguna de estas lenguas, tomo los ejemplos citados de: R. Grandsaignes d'Hauterive: *Dictionnaire des racines des langues européennes*, París: Larousse, 1948 (reimpreso en 1994); C. T. Onions (dir.): *The Oxford dictionary of English etymology*, Oxford: Oxford University, 1966; Julius Pokorny: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch* (2 tomos), Berna: Francke, 1959 y 1969; Edward A. Roberts y Bárbara Pastor: *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid: Alianza, 1996; Calvert Watkins: *The American heritage dictionary of Indo-European roots* (2.^a ed.), Boston: Houghton Mifflin, 2000.

^b No debe confundirse con «coccitis», que es la inflamación del cóccix o hueso coccígeo. Como ya he explicado en otra parte (v. «Cuco y cóccix» en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 60-61), en el siglo XIX, y por influencia de la pronunciación francesa del helenismo *coccyx* (sumado a una interferencia probable con el latín *coxa*), alcanzó gran difusión entre los médicos de habla hispana la forma incorrecta **coxix**, frecuente todavía en nuestros días para referirse al cóccix.

^c Sólo en español, de entre las lenguas romances, usamos «muslo», derivado de *musculus* por la vía popular (v. «Músculo y musaraña», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del

Prado, 2002; págs. 136-138).

- ^d Obsérvese, como nueva prueba de la confusión entre «cadera» y «muslo» en las lenguas latinas, que el vocablo español «anca» designa el muslo de la rana, sí, pero también la grupa o cadera de una caballería, y está directamente emparentado con el francés *hanche*, 'cadera', de origen germánico.
- ^e Obsérvese que este desplazamiento semántico por metonimia desde la cadera (*coxa* en latín) hacia el cojín se produjo en sentido inverso al que metasemizó la silla (*cathedra* en latín) en cadera. V. «Cate-drático y cadera», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 37-38.
- ^f V. «Claudicar y Claudia Schiffer», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 42-44.
- ^g Real Academia Española: *Banco de datos CORDE* (corpus diacrónico del español) [en línea]; <www.rae.es>, bajo «Consulta Banco de datos» y «Corpus histórico» [consultado: 1.X.2005]. En el presente artículo, reproduzco todas las citas literarias, a excepción de las correspondientes al *Quijote*, directamente desde el CORDE (donde es frecuente encontrar textos castellanos antiguos con grafía actual, por haber sido tomados de alguna edición crítica moderna).
- ^h En el presente artículo, reproduzco todas las citas del *Quijote* a partir de los facsímiles digitales de las ediciones *princeps* de Juan de la Cuesta de la primera (1605) y segunda (1615) partes de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Cervantes/p_ediciones.shtml>. Conservo la grafía y la acentuación originales, pero actualizo en algunos casos la puntuación.
- ⁱ Durante toda la novela, Cervantes mantiene al lector en la duda sobre el verdadero nombre de don Quijote: ¿Quijada?, ¿Quesada?, ¿Quijana?, ¿Quejana? Sólo en el último capítulo de la segunda parte, moribundo ya el hidalgo manchego y recuperado el juicio, nos dirá en el lecho de muerte que su verdadero apellido es Quijano: «[...] yo no soy don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno».
- ^j Para al bachiller Sansón Carrasco, duda entre «el pastor Sansónino» o «el pastor Carrascón»; a maese Nicolás, el barbero, le cae en suerte «el pastor Niculoso (o Miculoso)», y al cura del lugar, «el pastor Curiambro». Tan sólo Dulcinea conservará su nombre, pues, como bien explica don Quijote, «el de mi señora quadra así al de pastora como al de princessa».

La escenificación de algunas expresiones idiomáticas y su traducción

Julia Sevilla Muñoz y Manuel Sevilla Muñoz

Madrid (España)

Cuando uno se sienta ante el televisor, puede exasperarse por la gran cantidad de anuncios o puede suceder que algún anuncio atraiga su atención. Desde hace algunos meses, estamos observando que ciertos publicistas tratan de llegar al público, a un público español, recurriendo a fórmulas del lenguaje figurado conocidas por todos. Así, la campaña publicitaria de un producto de telefonía móvil está recurriendo sistemáticamente a las expresiones idiomáticas. Muchos recordarán el empleo de la expresión *hacerse el sueco* o la utilizada seguidamente para la campaña veraniega del 2003, *estar sin blanca*.

En esta misma línea se halla la serie de anuncios de gafas que toma como base la expresión *no ver tres en un burro*; es decir, alguien ve tan poco que no es capaz de distinguir tres personas montadas en un burro. En el anuncio del verano del 2003, aparecen tres jóvenes y un burro probándose, los cuatro, ropa para las vacaciones, tomando rayos UVA...

Con la llegada del otoño, los cuatro protagonistas abandonan el ambiente veraniego para saltar al mundo del celuloide e imitar una escena de la película *ET*: en un bosque, al anochecer, el burro echa a volar llevando a los tres jóvenes sobre su lomo para indicar que se ha lanzado un nuevo modelo de gafas con montura más ligera. Aquí tenemos la genialidad de otra imagen, pues el burro simboliza la montura de las gafas, a la que se añade otra característica: el ser irrompibles, para lo que el burro, tras dibujarse su silueta y la de los tres jinetes en la luna llena, cae en picado con los tres jóvenes encima, y supuestamente no les pasa nada. Dado que la campaña ha empezado en septiembre, mes del inicio de curso para niños y jóvenes, suponemos que estas gafas van dirigidas especialmente a los colegiales.

Mientras mirábamos estos anuncios, nos preguntábamos por su traducción a otros idiomas, en el caso de que fueran anuncios de productos de compañías multinacionales. Por ejemplo, en francés, la correspondencia de *no ver tres en un burro* es *être myope comme une taupe*; en inglés es *to be as blind as a bat*. No sería factible traducir sólo el texto, más bien habría que hacer una adaptación de la imagen, una escena en la que el protagonista no fuera un burro, sino un topo o un murciélago, para que el mensaje llegara al público francés e inglés, respectivamente. Los traductores y los publicistas tendrían que poner a prueba toda su imaginación, con el objeto de conseguir el mismo efecto en el público francés que en el público español.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).